

HOMENAJE A HNA. ANNELIESE MEIS

Escribir unas líneas sobre la Prof. Hna. Anneliese Meis me resulta complejo, porque me es difícil elegir entre los diversos puntos de vista desde los cuales podría decir alguna palabra sobre ella y sobre su aporte a la teología y a nuestra Universidad. He pensado, finalmente, que no puedo prescindir de ninguna de esas perspectivas.

La Hna. Anneliese fue, en mis tiempos de *estudiante* de esta misma Facultad (cuando funcionaba en el Campus Oriente de la Universidad), una profesora de gran nivel intelectual y de una dedicación a sus alumnos verdaderamente admirable. Habría que decir, en verdad, que, más que una simple profesora, la hermana fue para muchos de nosotros, los estudiantes de entonces, una verdadera formadora, una maestra, que supo guiarnos de manera personalizada no solo en el interés intelectual por los temas de la teología, sino, sobre todo, en la búsqueda apasionada y entusiasta de las dimensiones más profundas de nuestra disciplina. Como estudiante, podría testimoniar muchas cosas aprendidas o descubiertas en sus cátedras; podría hacer muchos recuerdos de vivencias que me marcaron en sus clases y en múltiples conversaciones que la hermana sostenía con nosotros sus alumnos, destacando sobre todo aquellas enseñanzas, intuiciones y orientaciones que nos llevaron a elegir el camino de la teología como camino de vida y no solo como un simple oficio.

También podría expresarme *como colega*, como el compañero de trabajo que años más tarde llegué a ser de la hermana Anneliese en la misma Facultad. Aunque siempre, desde nuestros primeros años de estudiante, ella solía dar a sus estudiantes un trato sencillo y cercano, que nos llevó a muchos a considerarla, ya en ese tiempo, como una verdadera amiga, al mismo tiempo, al menos para mí, esa cercanía siempre convivió con un gran respeto y una verdadera admiración por su autoridad intelectual. Recuerdo que siempre me impresionó su capacidad de lectura, su cultura teológica, su laboriosidad. Seguí valorando todo ello cuando me incorporé a la Facultad como profesor, y recuerdo con especial afecto

cuando ella misma se acercó a mí un par de veces para hablar sobre ciertos enfoques que yo daba a mis asignaturas. Ello me ayudó, recuerdo, a precisar mis ideas, al mismo tiempo que me resultó muy edificante el respeto con que ella escuchó y acogió mis perspectivas teológicas sobre temas relevantes de mi docencia. Pero, además, en este plano de compañeros de ruta tuvimos la oportunidad de compartir grandes momentos en el Centro Edith Stein y, desde ese mismo contexto, en un proyecto de investigación Fondecyt que nos ayudó mucho a profundizar en el conocimiento de diversos autores, y en la puesta en diálogo de los mismos, a partir de sus propias perspectivas teológicas. Como compañera de trabajo, también tengo con Anneliese una deuda de gratitud por su generosidad y por su disponibilidad para ayudar a mejorar el trabajo de otros, por de pronto el mío. Su impulso y su ayuda ha sido decisiva para mí en muchas ocasiones en los últimos años, para poder preparar debidamente presentaciones y publicaciones que se me requirieron.

Por último, podría también decir cosas muy importantes de Anneliese *como decano* de nuestra Facultad. Como tal, me ha correspondido presenciar el trabajo de la maestra en la madurez de los años de la sabiduría. Me ha tocado ver su proceso de ir dejando tareas, en favor de las nuevas generaciones de teólogos y teólogas que se han ido incorporando a la Facultad. Y, junto con eso, me ha correspondido también verla continuar con proyectos muy queridos por ella, como el del Centro Edith Stein, que todavía cuenta con su aporte entusiasta. A la que fue y ha sido una de las personas más importantes en mi formación como teólogo, ahora la he podido ver de manera más lúcida, con la disposición humilde y servicial de una auténtica trabajadora de la teología en la Facultad y, así, en la Iglesia que ama y a la que ha servido durante toda su vida.

Muchas veces he pensado que el privilegio de haber tenido profesores como Anneliese, como Juan Noemi, Sergio Silva, José Arteaga, Waldo Romo y tantos otros, todos tan distintos uno del otro, pero todos tan valiosos y tan entregados a su oficio, nos hace, a mí y a todos los otros profesores de mi generación, deudores de una riqueza que deberíamos pagar con nuestro esfuerzo por, al menos, acercarnos al ejemplo que nos han dado estos notables teólogos chilenos. Porque Anneliese, más allá de



su evidente “alemanidad”, es una de nosotros y nosotras. Anneliese Meis es y quedará para la posteridad, como una figura representativa de la Facultad de Teología de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Es decir, como una teóloga definitivamente chilena.

Fernando Berríos Medel
Decano Facultad de Teología
Pontificia Universidad Católica de Chile